

"El Tiro por la Culata"

D. MATIAS MONTES HUIDOBRO

1306704
Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP

deterioreen las cosas, cuestan algo... Y no me importa, te aseguro que no me importa...

CASIMIRO.—Yo procuro...

GAUDENCIO.—Sin embargo, mirándolo bien, me parece que la cerca de púas está casi como antes...

CASIMIRO.—Con el ciclón que vino después que la pusimos, se vino a quedar casi en las mismas...

GAUDENCIO.—Mala suerte de la que no tienes la culpa... Y el gallinero nuevo, que mandaste a hacer porque el ciclón también hizo de las suyas entre las gallinas.

CASIMIRO.—Que la mitad de ellas se ahogaron, por cierto...

GAUDENCIO.—Y que tan caro costó, si mal no recuerdo, se me pareció mucho al viejo cuando pasé por allí...

CASIMIRO.—Que no se fijó bien, Don Gaudencio, si usted me perdona el atrevimiento...

GAUDENCIO.—¡Pero sino había por qué fijarse más de la cuenta! Que el ciclón tiene buenas espaldas para cargar con las culpas y las cuentas, y que como anda de un lado a otro nadie piensa seguirlo para arreglar las cuentas que dejó ni los entuertos que hizo.

CASIMIRO.—Usted sabe, Don Gaudencio, que como yo hay pocos administradores por estas tierras, y que mientras usted está en esos negocios en La Habana entre senadores y presidentes, soy yo el que me ocupo de lo suyo como si fuera mío...

GAUDENCIO.—Como si fuera tuyo, que eso está muy bien y demuestra tu fidelidad y empeño...

CASIMIRO.—Lo hago lo mejor que puedo... Y le corro atrás a esos condenados para que paguen lo que deben... Y no pego los ojos ni de día ni de noche, vigilando para que no se roben ni una piedra de lo que le pertenece.

GAUDENCIO.—¿Y quién se atreve a decir lo contrario? Cuando mi mujer me dice que por un lado las cuentas suben y que por otro bajan, porque hay que arreglar entuertos por aquí y por allá, según tú nos informas y cuentas, soy yo el que disputo con ella y le digo que no hay administración más fiel y más honrada. Que no es esto lo que he venido a tratar, ni mucho menos... Y no vengo a discutir el modo en que tú trabajas mientras yo atiendo a mis negocios en La Habana, porque no se puede estar en misa y repicando y no me quiero romper la cabeza...

CASIMIRO.—Si usted quiere...

GAUDENCIO.—¡Al grano, al grano, que lo que quiero olvidar son los negocios y los problemas! (PAUSA) Decías que la hija de Isidro...

CASIMIRO.—No se preocupe por ella. Creo que el asunto no es necesario que venga al caso...

GAUDENCIO.—¡Que si viene, recontra! ¡Y que precisamente de eso es lo que más quiero hablar!

poco y debió pagar y no se merece las molestias que se iba a tomar por su ahijada...

GAUDENCIO.—¿Qué dices?

CASIMIRO.—Que yo me encargo de todo y que usted no tiene que molestarse... Si por descuido de mi parte —no voy a negarlo—, no ha pagado lo que debe, yo me encargaré de cobrarle en una hora... No se preocupe, que ese compadre y esa ahijada no se merecen los desvelos que ha venido teniendo...

GAUDENCIO.—No digas ahijada, que mi corazón cede y se enternece... Entonces lo olvido todo y sólo me acuerdo de ella y el deber que tengo... Quería estar al día, eso es todo, por lo que pudiera pasar... Y ya estoy enterado, pero me olvido y te aseguro que no volveré a acordarme hasta tanto no llegue el momento preciso... Vamos a partir, que se hace tarde...

CASIMIRO.—Será una sorpresa... (SALEN).

ESCENA DOS: EN EL BOHIO DE ISIDRO

(Interior de un bohío cubano convencional. Mesa, taburetes, aparador. El padre aparece reclinado en un taburete. La madre realiza quehaceres cotidianos).

ISIDRO.—¿Y qué hemos hecho de malo? Eso es lo que yo me pregunto.

RAMONA.—Eso sí es verdad que nadie lo sabe.

ISIDRO.—No es que yo crea, pero esto parece a veces cosa de castigo.

RAMONA.—Vamos, que hay que llevar las cosas con calma. ¿No la hemos pasado peores?

ISIDRO.—¿Peores? Sí, claro que la hemos pasado peores, pero eso no es ningún consuelo. Y ahora, para colmo, con esta hija y ese carácter suyo, que no sé de dónde diablos ha salido...

RAMONA.—No protestes tanto de tu hija, que pudo ser peor... Por ahí las hay que hacen cosas peores... Ella, después de todo, lo único que hace es no huirle al trabajo...

ISIDRO.—Pero es una mujer, ¿no? Y una mujer, aunque sea pobre y repobre como nosotros, está para hacer ciertas cosas y no para andar de un lado para otro buscando trabajo como un mulo de carga.

RAMONA.—Le gusta. ¿Y qué quieres? ¿Que se vaya por ahí por la guardarraya como las hijas de Andrés Quintana? Pues por mí, que sea trabajadora y cabezona y porflada, que me tiene más tranquila con eso que con otras cosas... Ya llegará algún hombre que la mire por lo que vale y no por lo fácil que se dé por los caminos.

ISIDRO.—¿Y qué clase de padre te crees que soy? La quiero así, pero quisiera que el trabajo no la hubiera hecho tan dura y

tan porfiada y que la vida le hubiera dado las cosas que no tiene y que nosotros, con esta maldita miseria que nos ha seguido siempre, no le hemos podido dar...

RAMONA.—No me hables de la miseria, que es más vieja que nosotros, según nos contó mi padre y el tuyo... Así que con eso no hacemos nada...

ISIDRO.—A propósito, y no quiero alarmarte, pero ya sabes que por ahí anda Don Gaudencio...

RAMONA.—Ya me lo dijeron...

ISIDRO.—Y sabes que le debo ocho meses de aquel dinero que me prestó, cuando Carmelina se puso tan mala el año antepasado.

RAMONA.—Ya lo sé también...

ISIDRO.—Y que como la avaricia siempre está presente no dudo que se ponga a escarbar entre los papeles...

RAMONA.—Es tu compadre, ¿no?

ISIDRO.—¿Y eso que tiene que ver, fuera de pedirme el voto para las elecciones? ¿Es que tú te desayunas ahora después de veinte años en que estamos viviendo aquí?

RAMONA.—Que Dios nos ampare, pero espero que no venga con nada nuevo por aquí... Ojalá que se mantenga bien lejos y que no le veamos ni las narices...

ISIDRO.—Eso es lo que quisiera también, porque esperaba este año poder salir de esa deuda si las cosas no nos resultaran tan mal como el pasado...

RAMONA.—¡Todos los años malos! ¡Y siempre una deuda y una cuenta! Gracias a Casimiro que después de todo nos ha ido dejando pasar...

ISIDRO.—Buen ladino el Casimiro ese...

RAMONA.—No hables de ese modo.

ISIDRO.—¿Pero es que no tengo ojos para verlo?

RAMONA.—¿Y yo no? ¿Desde cuándo estoy ciega?

ISIDRO.—Entonces no le des las gracias, que las gracias que el muy cochino anda buscando ya sabemos que son diferentes.

RAMONA.—¿Pero y por qué? ¿Es que le valdrá de algo con Carmelina? Si fuera otra, estaría templado, pero el día que Casimiro tome las cosas en serio, no sólo se la va a encontrar conmigo y contigo, Isidro, sino con Carmelina.

(ENTRA CARMELINA CON UNOS CUBOS DE AGUA PARA LA TINAJA.)

CARMELINA.—Por ahí vienen.

RAMONA.—¿Quién viene?

ISIDRO.—¿De qué estás hablando, muchacha?

CARMELINA.—De lo que ustedes están hablando desde que salió el sol... ¿O es que suponen que yo soy boba, idiota o no sé qué? El desgraciado de Casimiro y el viejo Gaudencio...

ISIDRO.—Niña, no te expreses así, por educación, que es tu padrino.

CARMELINA.—¿Mi padrino? ¿Y cuándo en su vida se ha acordado mi

CASIMIRO.—Pero yo lo esperaba más o menos por esta época.

RAMONA.—Hacia tiempo que no venía. De seguro que sus ocupaciones en La Habana no le dejaban un momento libre...

GAUDENCIO.—En eso tiene razón, pero estaba tranquilo... Cuando uno deja detrás un administrador de confianza como Casimiro, se puede dormir a piernas sueltas...

ISIDRO.—No hay que andarle atrás a la tierra, mientras otros se ocupan de ella...

GAUDENCIO.—Ahí tienes razón, compadre... Ya yo estoy demasiado viejo para ciertos menesteres y montar a caballo no es para mí cosa de todos los días... Hay que dejarlo para otros...

ISIDRO.—Mujer, prepárale una tacita de café a Don Gaudencio y Casimiro.

GAUDENCIO.—No sería mala la idea... (SALE LA MUJER).

GAUDENCIO.—A propósito, Isidro. No te he preguntado por mi ahijada... Entre la alegría de verte después de tanto tiempo... Pero ha de estar crecida, no es así... Lo menos doce años ha de tener...

ISIDRO.—Ya cumplió los dieciséis y va para los diecisiete...

GAUDENCIO.—Pues no me digas... Pensar cómo pasa el tiempo... ¿No es así, Casimiro?

CASIMIRO.—Así es Don Gaudencio.

GAUDENCIO.—Y ahora, ¿por dónde anda?

ISIDRO.—Está metida en el cuarto, porque no anda muy bien de la cabeza...

GAUDENCIO.—Me gustaría verla antes de irme, pues tú sabes que es como una hija para mí... (ENTRA LA MUJER CON EL CAFE).

ISIDRO.—No hay que exagerar... Después de todo, ha pasado bastantes necesidades después que la bautizaste...

GAUDENCIO.—Hacia años que no tomaba un café tan bueno, compadre.

RAMONA.—Gracias, Don Gaudencio.

GAUDENCIO.—Me imagino que mi ahijada haya salido a usted.

RAMONA.—No crea... Tiene su carácter...

GAUDENCIO.—Me gustaría verlo... Además, Isidro, ¿te parece bien que después de tanto tiempo no salga mi ahijada a saludarme.

ISIDRO.—Eso no lo podrás decir, porque mi hija está bien educada. ¡Carmelina!... (PAUSA) ¡Carmelina!... (PAUSA) ¡Carmelina!...

RAMONA.—Carmelina, sal, que te llama tu padre.

ISIDRO.—¡Carmeliina! Carmeliinaaa, que no te quiero sacar a golpes...

RAMONA.—Vamos, Isidro, que tú le dijiste que si salía le ibas a partir la cabeza a palos.

ISIDRO.—Pero ahora se la voy a partir porque no sale, Carmelina.

GAUDENCIO.—Vamos, vamos, no hay que hacer correr la sangre... pero es una lástima, porque desde que me puse en camino, me puse a pensar en ella y en cómo solucionarle algunos problemas...

- ISIDRO.—¡Ah, si me voy a olvidar que usted es Don Gaudencio!
- GAUDENCIO.—Pues más vale que no lo olvides, compadre Isidro, porque tengo un papel firmado por usted en el que se hace constar el dinero que me debe y por cuyo pago responde con sus tierras.
- RAMONA.—¡Isidro!
- GAUDENCIO.—Y si no puedo llevar a feliz término mis intenciones de educar a mi ahijada como es debido —cosa que me tiene sin luz y sin sombra desde que me he enterado de lo mucho y lo bien que ha crecido—, le aseguro que pondré este asunto en manos de un abogado que lo resuelve del mejor modo y manera...
- ISIDRO.—Esto es un abuso y usted se está aprovechando.
- GAUDENCIO.—Me importa poco el nombre que usted quiera darle, pero esa pobre niña tiene que caer bajo mi tutela...
- CASIMIRO.—No veo por qué se oponen de esa manera, cuando todo ha de ser por bien de la niña...
- GAUDENCIO.—Esta misma noche me voy... así que tienen unas pocas horas para decidirlo... Vámonos, Casimiro, que aquí no hay nada que hacer. (SALE CARMELINA CON UN BULTO DE ROPA).
- CARMELINA.—Vamos...
- ISIDRO.—¿Pero qué es esto?
- RAMONA.—¡Hija!
- GAUDENCIO.—¡Ahijada, que bien sabía yo que escucharías la voz de tu padrino!
- CARMELINA.—Y bien que la he escuchado bien, así que no quiero que se gaste más saliva, que no sé si ha de tener mucha... Y si tan preocupado está porque me eduquen, aquí estoy para aprender todo lo que me enseñen...
- ISIDRO.—(COGIENDO UNA TRANCA) Que con este palo voy a cambiar en cuatro la cabeza de cada uno, porque la mía sería no me ha hecho olvidar lo que es ser decente. Primero sales muerta. ¡Y vamos a ver si ustedes salen de mi casa, que mientras el abogado va y viene ésta es mi tierra!
- GAUDENCIO.—Ya veremos, ya veremos. (SALEN GAUDENCIO Y CASIMIRO).
- RAMONA.—¡Isidro, Isidro que tú también te has vuelto loco!
- ISIDRO.—¿Es que quieres que esta desgraciada se pierda?
- CARMELINA.—¿Y qué te crees tú? ¿Que soy menos honrada de lo que tú eres? ¿Pero de dónde crees que he salido, mi padre? Yo sé bien lo que me traigo entre manos, que no me vendo por una peseta ni por un peso, ni por todos los pesos de esta tierra. ¿Es que no me conocen? ¿Es que no me han visto cómo me defienden de todos los que me ponen el ojo encima? ¿Es que creen que me voy a dejar hacer por el viejo ese? Lo que me duele es que no me conocen, porque si

- GAUDENCIO.—¡De ningún modo, que para esas cosas me valgo yo sin el auxilio de nadie!
- CASIMIRO.—¡Calle, que me parece que alguien viene! (ENTRA CARMELINA CON UN BULTO DE ROPA).
- CASIMIRO.—Pero si es la niña.
- GAUDENCIO.—Mi ahijada, mi linda ahijada. ¡Cuánta alegría! Pero no te quedes en la puerta, pequeña, ven para acá, que ésta es tu casa y yo soy como tu padre, que para eso soy tu padrino. Vamos, vamos, no tengas miedo, que para mí tu educación es lo primero. Acércate. (A CASIMIRO) Y tú, Casimiro, déjanos solos, porque esta niña quiere comenzar a aprender y tanto el padrino como la ahijada están desesperados por entrar en materia. Sal, sal, y por nada del mundo interrumpas nuestra clase. (SALE CASIMIRO).
- GAUDENCIO.—(ACERCANDO SUS SILLAS) Ahora siéntate bien cerca de tu padrino, que vamos a empezar por la ABC, porque sin saber bien el ABC no se adelanta nada... (CARMELINA SE SIENTA Y EMPIEZA A LLORAR EXAGERADAMENTE).
- GAUDENCIO.—¿Pero qué te pasa?
- CARMELINA.—¡Ay, Don Gaudencio, que soy muy desgraciada, porque ni yo misma he comprendido de pronto la bondad de su corazón y mucho menos mi padre y mi madre, que han sido tan injustos y tan interesados!
- GAUDENCIO.—No te pongas así, corazón mío, que no es para tanto.
- CARMELINA.—¡Ay, Don Gaudencio, no me diga corazón mío, que no me lo merezco, porque si usted tuviera mi corazón dentro del pecho, que es amargo como la hiel de la vaca, acabaría con el suyo en una hora! Y mi padre Don Gaudencio que ante su bondad sólo ha demostrado interés...!
- GAUDENCIO.—No te preocupes, pequeña mía, que mi bondad está acostumbrada a encontrarse con cosas iguales y peores al frente.
- CARMELINA.—Pero es que usted no sabe todavía de la misa a la media y de las exigencias que me ha hecho mi padre para poder llegar hasta aquí y continuar mis estudios. Ya usted lo ha visto.
- GAUDENCIO.—(ACERCANDOSE) Pera acércate un poco, para que ese corazón lleno de pena reciba el consuelo que merece...
- CARMELINA.—(ALEJANDOSE) ¡Ay no, Don Gaudencio, que usted no debe respirar siquiera el aire que yo respiro, porque de lo mala que soy lo enveneno! Con las cosas que mi padre quiere, me da pena hasta entrar en este cuarto.
- GAUDENCIO.—(ACERCANDOSE) Pero olvídate de tu padre, que es una mala sombra que nos sigue.
- CARMELINA.—¿Y cómo lo voy a olvidar si me ha dado un mensaje?
- GAUDENCIO.—(ACERCANDOSE MAS) Pues dímelo al oído para que nadie se entere...

1306704

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEC

Facultad de Humanidades
UFR-RP

- puesto para que el hambre sea muda y así no poder decir que hambre pasó mi abuelo y mi abuela, mi padre y mi madre y todos los hijos que ellos parieron.
- GAUDENCIO.—No es manera de hablar, niña, cuando al hambre le han puesto una H muda por algo será... Pero pasamos a la B, que es letra más agradable... Con la B se escribe bueno, bondad, bello, bonito... y beso y besito...
- CARMELINA.—¿Pero me va a enseñar la B? ¡Ay, señor Don Gaudencio que estoy aprendiendo demasiado, porque con la B se escribe burro, que es lo que somos cuando nos dejamos quitar lo que nos pertenece; y bobo, que es peor todavía, porque nos lo dejamos quitar sin darnos cuenta; y bozal, que es lo que le ponen al perro para que no muerda; y bandido, que es el que se burla del bobo y del burro y el que le pone bozal al perro para que lo deje robarse las gallinas, entrar en el gallinero, comerse lo que no es suyo, acabar con la casa, amarrar al padre y a la madre y violar a la hija...
- GAUDENCIO.—Pues vamos a pasar a la C si ésta te molesta tanto...
- CARMELINA.—Es mejor así. Porque la A y la B, más o menos, son letras que uno conoce. ¡Ay, señor Don Gaudencio, usted me está refrescando la memoria!
- GAUDENCIO.—¡Ya lo veo, y me parece que la refresco más de la cuenta!
- CARMELINA.—Verá usted como aprendo más rápido de lo que usted se imagina.
- GAUDENCIO.—Sería mucho mejor que te llevara a la cama, porque para el primer día ya hemos hecho mucho... Descansar y que te arrope no vendría de más...
- GAUDENCIO.—¡De ningún modo, Don Gaudencio, porque quiero aprender esas letras y otras muchas y no quiero perder el tiempo!
- GAUDENCIO.—No hay que exagerar, pero si quieres, pasemos a la C, que espero que te guste, ya que con la C se escribe cariño...
- CARMELINA.—¡La C, claro que me gusta! Porque con la C se escribe campesino y campo, cosecha y cosechero, palabras todas que hablan de la tierra; se escribe cuento, que es el que me vienen haciendo, pero también se escribe cuenta, que son las que algún día nos vamos a cobrar con los ladrones y sinvergüenzas que siempre están abusando de la C de campesino, de la C de cosecha y de la C de cultivo; y se escribe también castigo, que es la palabra que acabará con el bandido de la B que nada más se está aprovechando del hambre de los pobres; y para terminar diré que se escribe la palabra cárcel, que es el lugar donde irán a parar los viejos verdes y sinvergüenzas que quieren tomar lo que no es suyo y que no pagan ni con trancas partidas en la cabeza —que también se escribe con C— todas las canalladas —vaya otra vez la C— que están ha-